

sabía que, Orts Lorca, había fallecido en Madrid, haría más de una década; y aunque suponía que Rodríguez Colado, como catedrático de Anatomía, conocería todos los secretos de los embalsamamientos o momificaciones, lo habría hecho en honor de su maestro; pero lo que no alcanzaba a comprender era por qué lo tenía allí, como si estuviera vivo, y con sus mismas ropas y gafas esperando años su posible disección. Con timidez y cierta prudencia para no herir su susceptibilidad, le pregunté intrigado:

- Pero Pepe, ¿cómo tienes aquí el cadáver de nuestro profesor y vestido como si estuviera vivo... -medio tartamudeé tras la desagradable impresión recibida.

- ¡Tranquilo Revilla! No te alarmes ni pienses que estoy loco o "pirao". La cosa es sencilla. Recordarás que hubo hace más de cien años en la vieja Facultad de San Carlos (en Atocha), un catedrático de Anatomía que al morir, quiso dar su última lección donando su cuerpo para que sus estudiantes y otros profesores aprendieran sobre su cadáver. ¿Lo recuerdas?

- Sí, ¿pero es que don Paco también ha querido...?

- Sí. -me interrumpió-. Don Paco quiso hacer lo mismo. Y como sabes que yo he sido su alumno predilecto, como si fuera su hijo -y yo, a su vez, lo he considerado siempre como mi "padre científico"-, tuvo la deferencia de comunicarme este deseo antes de morir.

- Bien, pero lo que, no me explico, es porque lo tienes aquí tantos años vestido como cuando vivía y excelentemente conservado y maquillado para aparentar buen color de piel; y hasta has tenido el humor de conservarle puestas sus famosas gafas Truman, con las que le conocimos en Cádiz. La verdad Juan es que esto a mí me parece macabro, como de película de terror.

- Te explicaré, amigo Revilla. Él me comunicó, a mí solamente, que dejaba su cadáver a la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense para que el catedrático titular decidiera su uso pedagógico. Y aunque a mí, en los últimos años, me había dicho que deseaba también que sus alumnos aprendieran anatomía sobre su cuerpo, yo, al verlo el primer día aquí en esta sala de disección, me dio una gran pena y decidí entonces que, sin que se enterara nadie lo embalsamaría y lo guar-

**En aquel momento
su cadáver me
tenía como
hipnotizado o
alucinado,
observando su
sereno rostro que
más parecía el de
una persona
dormida que la de
un cuerpo humano,
fallecido diez años
atrás. Por un
momento, me
pareció que se le
movían,
lentamente,
algunos músculos
de su cara**

daría en un armario especial, para conservarlo para la posteridad, al igual que hacían los egipcios con sus reyes y grandes hombres. No quería que Don Paco, mejor dicho, su cadáver, que para mí es sagrado, acabara destrozado en manos torpes o brutos alumnos o que quizá sirviera de mofa o burla de estos.

- Ya voy comprendiendo, Pepe. Sin embargo,...

- Me alegro que me entiendas, Revilla. Yo sé que no he respetado, íntegramente, su voluntad, lo que él me dijo la de ofrecer la última lección sobre su cadáver; pero así como en su testamento dejaba claro que dejaba su cuerpo a la Facultad de Medicina y a esta Cátedra de Anatomía, no especificaba que hubiera que hacer su disección. Comprende que su cuerpo es sagrado para mí; es como si fuera el cuerpo de mi padre biológico, de un hermano, de un tío o de un abuelo muy querido.

Me callé porque no encontraba la contestación adecuada y me puse a mirar detenidamente el cadáver de mi viejo y

querido profesor, mientras Pepe se fue a continuar su interrumpida disección. Estábamos solos en la amplia sala, llena de cadáveres y restos humanos a medio diseccionar y otros que casi eran esqueletos de los que colgaban algunos músculos o ligamentos. Yo volví a mirar con gran atención el que fue mi sabio y querido profesor en la Facultad de Cádiz, mientras recordaba sus excelencias como maestro. Había sido, sin duda, uno de los dos o tres mejores profesores que había conocido en toda mi vida de estudiante, tanto por su facilidad de palabra como por la amenidad con que exponía unas materias tan difíciles, arduas y pesadas como la Anatomía Humana; aparte su facilidad para hacer dibujos, aclarar conceptos y, sobre todo, por la cordialidad con que nos trataba a todos los alumnos.

En aquel momento, su cadáver me tenía como hipnotizado o alucinado, observando su sereno rostro que más parecía el de una persona dormida que la de un cuerpo humano fallecido diez años atrás. Por un instante me pareció que se le movían, lentamente, algunos músculos de su cara, y al confirmar que se le desplazaba también la mandíbula como si fuera a hablar, quedé como petrificado, sin poder articular palabra, pero al fin, segregando adrenalina, reaccioné y le grité a mi excompañero:

- Pepe, ven; corre por favor; creo que al cadáver de don Paco se le están moviendo algunos músculos del rostro.

- Ja, ja, ja... ¡Qué tonterías está diciéndote amigo Revilla. Si ya lleva aquí cerca de quince años...Ja, ja, ja... Tú eres un visionario, un miedica, un acojonao...

Y Rodríguez Colado que había vuelto a su tarea de disección, agachando la cabeza, no pudo ver la cara, de su veterano compañero de Cádiz que casi se desmaya, cuando vio que el cadáver de Don Paco abría los párpados y empezaba a guiñar un ojo...

La desagradable e hiriente alarma de un coche en la madrileña calle de General Margallo me despertó, La pesadilla me había parecido tan real, emotiva y macabra que ya me dejaría desvelado para toda la noche.

Pero, como decía con sorna Calderón de la Barca: "Los sueños, sueños son"...

JESUS SEVILLA LOZANO